

RAMON RIVERA Y EL 75% .

UNA HISTORIA DE 1902.

INAUGURADA LA REPUBLICA YA EMPEZO A CORRER LA SANGRE DE LOS TRAJADORES PARA LOGRAR LA NACIONALIZACION DEL TRABAJO.

El día 8 de este mes se cumplió un año de la promulgación del decreto ley sobre el 50 por ciento.

La mayoría cree que esa cuestión data del año pasado; los menos entienden que data de la iniciativa de Lombard, de 1926. La siguiente historia los libraré de esa creencia equivocada.

Al cesar la dominación española en esta Isla, los cubanos que estaban en la emigración empezaron a retornar a sus viejos lares. La mayor parte de esos emigrados eran obreros, tabaqueros casi todos, los mismos que en La Florida y en Nueva York formaron con Martí el Partido Revolucionario Cubano.

Cuba es libre ya — pensaron los proscriptos—; ahora sí que podremos fundar nuestros hogares y vivir en la patria que hemos ayudado a emancipar.

El optimismo dominante de aquellos días regocijados no dejaba hueco ni resquicio a la duda, y menos, a ninguna otra idea no tan lisonjera como la apuntada. Los emigrados, pues, volvieron a Cuba con la ilusión de encontrar en ella la tierra de Canaan que les había prometido el Apóstol.

Pero, la ilusión es flor de un día. Llegados a La Habana, los tabaqueros, que lo eran casi todos los repatriados, se encontraron sin trabajo y sin medios de vida. La amarga realidad económica desbarataba así en solo un día el castillo encantado que el trabajo político había edificado en largos, sangrientos y atormentados años de lucha. Los tabaqueros no tenían de qué vivir en su suelo.

Las fábricas, sí, trabajaban con toda su fuerza productiva. La industria estaba próspera. Había pedidos. Eran muchas las mesas en las salas de torcido. Había demanda de brazos. Los jornales eran jugosos. Los niños y los jóvenes eran buscados como aprendices, por que el porvenir tabaquero presentaba lisonjero aspecto.

Había todo eso; pero ¡ay! que nada de lo dicho era para los cubanos que volvían de la emigración.

Cuando los tabaqueros, unos años antes, se fueron para el Norte, renunciaron de hecho a los empleos que tenían en las fábricas. Durante su ausencia esos empleos fueron cubiertos por operarios extranjeros. Los encargados y los capataces, extranjeros también, empezaron a llamar a los niños y los jóvenes connacionales de ellos para que ocuparan los puestos de aprendices. Ese era el modo mejor de formar un ejército del trabajo que salvara a la industria del peligro de una nueva emigración en masa de los patriotas. El tabaquero se hace en un año, y al cabo de ese tiempo, los aprendices eran ya operarios. Brevemente, pues, las necesidades de la industria quedaron cubiertas con la nueva mano de



obra. Cuando los cubanos regresaron de Tampa y de Cayo Hueso, ya no había plaza para ellos. El que fué a Sevilla perdió la silla. Los tabaqueros emigrantes perdieron sus taburetes.

Tal era la situación conque se encontraron los patriotas al regresar a la patria.

De casa en casa fueron pidiendo mesa. No había. Y si había, se les negaba.

Los capataces tenían serios motivos para negárselas. De una parte estaba el interés creado, el espíritu de cuerpo, el espíritu de tribu, que les hacía reservar esas mesas para los suyos. El arte tabacalero estaba controlado por los extranjeros, y había que conservar ese control. Los capataces se reconocían obligados a velar por ello. De otra parte estaba la pasión política. El capataz que combatió la insurrección tenía que ver con ojos torcidos a los emigrantes que trabajaron para ella. Por tanto: no había mesas para los emigrantes.

Esa fué la tierra de Canaan que encontraron los colaboradores de Martí. Ciudadanos libres de una Cuba libre, los tabaqueros cubanos se encontraron con que no tenían derecho al trabajo ni a la vida en su propio suelo. Un paria en su patria conoció que era el tabaquero cuando puso los pies en esta tierra de sus desengaños. El conocimiento de una realidad tan amarga como inesperada, removi6 los espíritus más lúcidos, conmovió los corazones más dignos, y electrizó el ánimo de todos. Entonces fué que se hizo escuchar Ramón Rivera.

Rivera, amigo de Martí, elemento destacado entre los militantes de la emigración, socialista, por más señas, enseguida que llegó a esta Isla, conoció que sus trabajos de La Florida no habían terminado. Lograda ya la personalidad política, el cubano tenía que conquistar ahora su personalidad económica. No era admisible que el pan que se repartían liberalmente los extranjeros, les fuera negado sistemáticamente a los nacionales, y muy especialmente, a los nacionales que habían luchado por crear la nacionalidad. Esto se dijo Rivera; y con fé en la inteligencia y con indignación en el alma, el líder se lanzó a la arena encendida de las batallas más pasionales.

Fundó, con sus antiguos compañeros de La Florida y con los que aquí se le incorporaron, la asociación Liga de Trabajadores Cubanos. Fundó un periódico, ¡Alerta!. Y fundó el Partido Socialista Nacional. Y así empezó la campaña recia, dramática y cruenta.

Rivera proclamó un principio: el derecho al trabajo de los cubanos; y elaboró una fórmula: el 75 por ciento de todos los empleos para los nativos. Particularizando en lo que se refería a la industria del tabaco, a la que pertenecía, elaboró otra fórmula: la admisión forzosa de los niños y los jóvenes de Cuba como aprendices en las tabaquerías, de donde se les rechazaba por sistema. Y con ese programa y con esa bandera, Rivera llamó a la lucha a todos los trabajadores cubanos.



Estos respondieron al llamamiento, y las filas se nutrieron rápidamente. La Liga, que empezó siendo de tabaqueros casi exclusivamente, llegó después a ser integrada por elementos de todos los oficios. El Partido Socialista se extendía de uno a otro por todos los barrios de La Habana. El periódico ¡Alerta!, que tronaba con un genuino acento mambí, llegó a ser tan buscado que algunos ejemplares fueron pagados a 3 pesos. Cada día se efectuaba una manifestación. En cada esquina se celebraba un mitin. Las tribunas cruzaban y la tierra trepidaba al resonar el grito de guerra en todo lo largo de las calles: ¡El 75 por Ciento!. Aquello sonaba en los oídos cubanos como poco antes sonaban los gritos de Maceo: ¡Al machete! ¡Viva Cuba Libre!. Y el grito de ahora producía en los corazones la misma electricidad que el grito de antes. Todo el espíritu de Maltiplo y Peralejo revivía en aquellas tumultuosas manifestaciones de la gente criolla.

Muy especialmente, los tabaqueros querían ser empleados en las fábricas. Pero, tanto los obreros como los jefes que trabajaban en ellas, se resistían a toda innovación. Entonces Rivera, que sabía fundar muchas cosas, fundó algo más: fundó una asociación irregular que fué llamada La Sociedad de la Tranca.

La Tranca era algo muy serio. Las manifestaciones que organizaba no eran nutridas, pero sí temibles. A veces eran silenciosas, y entonces resultaban más terribles aún. Sus mítines eran muy desagradables. Cuan-

do alguien, cuando algún capataz, sobre todo, se obstinaba en no darle plaza a los cubanos, La Tranca le organizaba un mitin a ese tál. Mítines tremendos aquellos. Por eso empezamos por calificar de cruentas las luchas de aquellos días.

Por su parte, los trabajadores de la acera del frente se decidieron a dar un paso. Levantaron la bandera del internacionalismo. Los trabajadores no tienen patria, predicaron. Y levantaron la bandera del socialismo. Los obreros deben ser socialistas, y nada más—decían. Y así como Rivera había fundado el Partido Socialista Nacional, ellos crearon a su vez el Partido Socialista Internacional. En este partido debemos militar todos los socialistas sinceros, sin distinción de nacionalidad—así dijeron—; y con un lenguaje fraternal, socialista y pacifista, invitaron a los del partido de Rivera a que colaborasen entre todos en una obra común.

Se lanzó la idea de fusionar los dos partidos. Rivera aceptó la iniciativa. Por nuestra parte—dijo—no somos exigentes. Si queréis disolvemos nuestra asociación y nos incorporamos a la vuestra. Si queréis se funden los dos partidos con el nombre que queráis darle. Si queréis, el nuevo partido que surja de la fusión, se regirá por los estatutos del vuestro o por otro nuevo que queráis darle. No imponemos nombre, ni reglamento, ni programa, ni Junta Directiva. Solo os pedimos una cosa.

—¿Cuál?

—El 75 por ciento, respondió Rivera.

4

Y en ese mismo instante se dieron por fracasadas todas las gestiones para la conciliación.

Llegó el 1902. Se inauguró el gobierno de Estrada Palma; y pocas semanas después se declaraba la huelga en unas fábricas de tabaco. La liga de Trabajadores Cubanos aprovechó esa circunstancia, y se agregó al paro llevando su propio pliego de reivindicaciones. Ese pliego constaba de dos puntos: el 75 por ciento y la admisión de los aprendices cubanos.

La huelga se hizo general. Todas las industrias pararon. Rivera y los suyos realizaron la obra maestra de llevar sus ideas a la entraña del movimiento; y todos los obreros cubanos les secundaron.

Mas; los obreros tranviarios, que eran extranjeros, se declararon internacionalistas; adujeron que los

obreros no tenían patria, y por tanto, se declararon contrarios al 75 por ciento, y se negaron a secundar el paro.

Lo que sigue ahora alcanza la categoría de lo memorable. La sociedad La Tranca, que esos día nutrió sus filas en gran proporción, empezó a organizarle sus mítines a los tranviarios según estos iban sacando sus carros. Donde aparecía un tranvía, se efectuaba un mitin. Mitin de trancazos, desde luego. Y La Habana empezó a vivir momentos de verdadera tragedia.

El General Menocal mandaba la Policía, y entró en acción. El también iba a dar un mitin. Uno o cien. Primero, a los de La Tranca. Cuando estos le daban un mitin a los del tranvía, Menocal acudía a darle otro a aquellos. Después, a todos los huel-

guistas. Donde aparecía un grupo de ellos, la policía de Menocal tomaba la palabra. Y cuando los huelguistas le hicieron frente a los azules, vinieron los amarillos, los rurales de Don Alejandro. Y entonces sí que fueron grandes los mítines. El de Cuatro Caminos estuvo colosal. El de Reina y Belascoaín también. El 75 por ciento se ahogaba en sangre. Bien dijimos al principio que esas luchas de Rivera iban a ser cruentas.

En ese minuto trágico se oyó la voz del Generalísimo Gómez. Los dirigentes de la huelga fueron llamados a parlamentar. El parlamento se llevó a cabo en el Teatro Cuba, que después se llamó Molino Rojo. Allá fueron Rivera y sus amigos, de una parte. Y fueron de la otra, Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, y otros ilustres patricios.

—Cubanos—dijeron estos a aquellos—: estáis hundiendo a la patria. La independencia peligra por vuestras violencias. Es necesario que este estado de huelga revolucionaria, cese al instante. Por vuestra parte, ¿qué es lo que queréis, si no es hacer abortar la República?

—Queremos que el cubano no sea un paria en su patria. Queremos el 75 por ciento—contestó a los patricios Ramón Rivera.

—Si no es más que eso, lo conseguireis. Nosotros os prometemos una ley del Congreso que satisfaga vuestra aspiración, que es muy justa, después de todo. Dad, pues, por terminado el movimiento.

Consagrar el 75 por ciento en una ley del Congreso, no podían querer más los cubanos. —¡Bien! ¡Bien!—gritaron todos los pechos. Y en ese instante de bella armonía se oyó la

voz desafinada de un escéptico, de un materialista, de un iconoclasta, Manuel Alonso Miranda, que dijo ante el estupor de todos: Propongo que el movimiento no se dé por terminado hasta que el 75 por ciento no aparezca publicado en la Gaceta.

—Pero ¡cómo! ¿Y se permite usted dudar de la palabra y las promesas de estos patricios?—dijeron algunas voces.

Y con un ¡Viva Cuba! se dió por terminado el acto, la huelga, y... el 75 por ciento. El 75 por ciento también, que ahí quedó sepultado entre la salva de aplausos final.

Un mes más tarde, ya nadie hablaba del 75, y los patricios no se acordaron más de lo pasado. Cuán cierto es que una victoria falsa puede ser más funesta en una campaña que una derrota franca, porque la derrota franca enardece el ánimo para la revancha, y la falsa victoria lo desorienta y desencanta.

*Acción Socialista
Nov. 18/34*